

# Fundamentos culturales del crecimiento económico con desarrollo humano

*Alberto Rubio*

## Razón y finalidad del crecimiento

El rumbo económico del país y del mundo en su totalidad muestra fuertes y marcadas inconsistencias. Algo anda mal, algo está pasando en el mundo. Cuando en una publicación, en un semanario, aparece una publicidad donde lo que se está destacando no es el producto en sí, sino la vivencia del lujo que éste produce, cuando en la misma publicación este tipo de apelativo coincide con un documento en el cual se muestran estas cosas, es evidente que algo está andando mal en el mundo; hay algo que no encaja.

Cuando en su inocencia, la Madre Teresa de Calcuta, después de recibir el Premio Nobel de la Paz, entra al banquete final de agasajo a los premiados, pregunta: “¿Cuánto cuesta esto?”, y agrega: “¡Qué lástima!, yo con esto hubiera alimentado a toda mi gente durante un año entero; me lo hubieran dicho antes”. Cuando la cumbre de la pobreza, en Copenhague, no llega a ninguna conclusión importante y concreta, y finaliza con una reunión de gala y fuegos de artificio, se percibe que algo no está encajando bien en este mundo.

Si la carrera por el crecimiento convive con el desempleo y la desocupación, multiplicando el número de desposeídos, los pueblos fantasmas y los espacios vacíos, si las burbujas financieras se expanden

con mayor velocidad que la producción y los bienes disponibles, ampliando las posibilidades de los especuladores y dificultando cada vez más la existencia de los hombres ocupados en la producción, los hombres del trabajo y del esfuerzo, entonces estamos ante algo que no anda bien en la concepción de la vida económica en sociedad.

Hay situaciones del acontecer económico que, con cierta hipocresía, pretenden ser manejadas exclusivamente por medio de tecnicismos faltos de seriedad en el ámbito de lo social. Notamos esto cuando, por ejemplo, un hombre es desplazado del proceso de producción, del mismo modo que se abandona un equipo obsoleto, un tractor, un telar, o un predio de tierra erosionado. ¿Será éste un problema económico?

Si con el fin de aumentar sus beneficios, un empresario reduce la calidad de los materiales que utiliza en su fábrica, no cambia el precio al consumidor y, por ende, la vida del producto disminuye, ¿será también esto un problema económico? Cuando un exportador envasa veinte gramos menos de producto en el enlatado de alimentos para exportación y sobre la totalidad del embarque gana 20.000 kilos de materia prima —me refiero a un caso real, de una exportación de arvejas argentinas al Brasil—, ¿estamos en presencia de un problema económico? Cuando otro exportador carga la mitad de los toneles de miel con arena y los cobra contra presentación de documentos de embarque, ¿conforma esto un problema económico? También éste es un caso real de miel argentina embarcada hacia Alemania.

Alberto Rubio es Doctor en Economía y se desempeña actualmente como Profesor en el área de Economía en la Universidad Católica Argentina (UCA) y consultor de empresas del sector agropecuario y agroindustrial.

Si para reducir gastos operativos, las autoridades nacionales levantan líneas ferroviarias que aíslan poblaciones y grandes territorios, dejando pueblos vacíos, o cuando una empresa reduce los jornales y el sueldo de su personal sin alterar los gastos de representación y de relaciones públicas de sus directivos, ¿será que en ambos casos se está incurriendo, solamente, en errores económicos?

En el trasfondo de estas cuestiones hay problemas que superan el dominio del pensamiento económico y se insertan en un campo superior. Nos referimos al dominio de la reflexión ética, que ordena el acontecer humano respecto de las relaciones sociales de producción, distribución y consumo.

Mi propósito es plantear el ajuste de la reflexión ética a las cuestiones económicas, desarrollando en forma sucinta, las siguientes tesis:

1. No hay crecimiento económico válido sin promoción humana.
2. No hay crecimiento económico válido, con promoción humana, pero sin una cultura trascendente.
3. No hay una cultura trascendente sin una ética teológica que fundamente los valores de la sociedad.

### Crecimiento y promoción humana

Desde hace algunos años, un departamento especial de la ONU estudia el desarrollo humano y ha elaborado un índice de este tema que confronta la tasa de crecimiento del ingreso per cápita con otra medición del crecimiento, en la cual se toma en cuenta, no sólo la tasa de expansión del ingreso por habitante, sino también un amplio conjunto de factores: la esperanza de vida, el grado de alfabetización, la disponibilidad de agua potable, la tasa de mortalidad y de natalidad, la cantidad de médicos y de camas por enfermo, la disponibilidad de vivienda en condiciones determinadas, etc. Se toman una serie de indicadores materiales que denotan una preocupación que va más allá del mero resultado del crecimiento del ingreso.

“  
*En el trasfondo de estas cuestiones hay problemas que superan el dominio del pensamiento económico y se insertan en un campo superior.*  
”

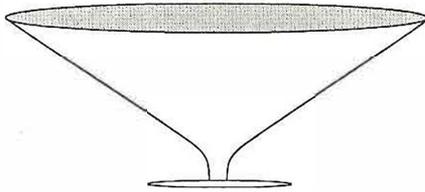
Este departamento de investigación de la ONU nos está diciendo que el mero nivel de ingreso no indica el mismo grado de desarrollo o de cobertura en las necesidades humanas.

Existen dos tipos de indicadores: está el *ranking* de los veinte países del mundo de mayor ingreso por habitante y por año, y luego el *ranking* de acuerdo con el índice del desarrollo humano de la ONU con respecto de los veinte países mejor posicionados, y aquí aparecen diferencias significativas.

Luxemburgo, que es el segundo país en nivel de ingreso per cápita, ocupa el lugar decimosexto en cuanto a su índice de desarrollo humano. Canadá, que ocupa el lugar undécimo en cuanto al ingreso per cápita, ocupa el primer lugar en índice de desarrollo humano. Basándose en el espíritu de trabajo del grupo de la ONU que realizó el estudio, uno podría calificar este índice como la **“calidad de vida”**. Los Países Bajos, que están en el lugar decimosexto en cuanto a nivel de ingreso, trepan al noveno lugar en calidad de vida. Lo mismo ocurre con Australia, que sube del decimotercero al séptimo, el Reino Unido, del diecinueve al décimo, y algunos países de la cuenca petrolera africana como Qatar, que tiene un alto nivel de ingreso, y está ocupando el vigésimo lugar de importancia en el mundo, no aparece en cuanto al índice de calidad de vida. Esto está demostrando objetiva y claramente que el mero crecimiento del producto, denominado como “crecimiento del ingreso”, no nos dice nada en cuanto al éxito, al resultado social y humano de una determinada política económica.

Una investigación realizada por el Instituto de Estudios Estratégicos de París muestra gráficamente que los países más ricos del mundo tienen una dimensión desproporcionada en su situación territorial. Si sumamos el “grupo de los siete”: EEUU, Canadá, Japón, Alemania, Reino Unido, Italia y Francia, que periódicamente se reúnen para intercambiar ideas sobre el estado del mundo, para decidir cómo son y deben ser las cosas, estos países representan el 65 % del producto bruto mundial. Tienen razón en reunirse, son **el mundo**, pero el problema es que en el mundo no sólo hay siete países, sino 177 reconocidos por las Naciones Unidas.

**Figura 1**



Desde el punto de vista económico, podríamos hacer entrar a casi todo el continente africano dentro de algún país latinoamericano. Económicamente hablando el África no existe, ya que sus niveles de ingreso per cápita, por año, están en torno a los \$350.

Si dividimos el mundo en cinco partes iguales en relación con su población, notaríamos que el veinte por ciento de la población concentra el 83% de la riqueza, y al veinte por ciento de la población más pobre del mundo le corresponde apenas un 1,44% de la riqueza generada. La segunda quinta parte que está por debajo de la primera, y la tercera, apenas concentran entre un 12 y un 13%. Es como una especie de copa de champaña, dividida en cinco partes, cada una de ellas representando un 20% de la población mundial.

Esta imagen de la copa (ver figura 1) representa claramente la desproporción de la riqueza en el mundo. La parte superior de la copa corresponde al 20% que concentra el 83% de la riqueza y la parte inferior al 20% que posee un 1,44% de la riqueza mundial.

Cuando uno ve esto, no puede menos que pensar que en realidad ésta es sólo una nota a pie de página en la línea del razonamiento que intento realizar. ¿Cuál es la evolución posible y razonable de esta situación? Hay dos hipótesis contradictorias. La generosa, quizás la esperanzada, positiva, es que la copa comience a desbordar champaña, que esa concentración se redistribuya hacia las bases, porque de lo contrario la copa se va a quedar sin pie, se va a caer y romper. Hay hipótesis que hablan de una probable crisis equivalente a la del año 1929 y que podría ocurrir antes de este fin de siglo. La hipótesis tremendista es que si la copa no empieza a rebalsar hacia las bases, se va a romper. Como, por ejemplo, sería el caso de los balseros cubanos, que se trasladan hacia zonas donde puedan vivir un poco mejor, a cualquier pre-

cio, inclusive la muerte, durante el traslado. La copa se rompe cuando los mexicanos atraviesan el río Grande y deciden correr el riesgo de ser clandestinos en EEUU. Lo mismo ocurre cuando braseros bolivianos vienen a trabajar a la Argentina, o cuando brasileños que ganan \$ 85 de salario mínimo por mes en su país, vienen a la Argentina mal contratados, subcontratados o marginalmente contratados, a trabajar por \$ 180, que es menos de la mitad del salario mínimo argentino; pero esforzándose de ese modo durante seis meses, consiguen algo equivalente a trabajar un año en Brasil. Una clara muestra de este esquema es la ola de desocupados que se abalanza sobre Europa Occidental, ya sea que provengan de los países del Este de Europa o del norte del África.

Con esto creo demostrar la primera de las tesis: no hay crecimiento económico válido sin promoción humana. Eso no es verdadero crecimiento económico.

### **Promoción humana en una cultura trascendente**

Mi segunda propuesta dice: No hay crecimiento económico con promoción humana, sin una cultura trascendente. Una aproximación al concepto de cultura es definirla como el conjunto de rasgos que caracterizan el comportamiento de un grupo social, la suma de sus modos de pensar y obrar. Cultura es costumbres, conocimientos acumulados y conocimiento proyectable; cultura es dominio de las técnicas, logros institucionales, leyes con historia; cultura es creencias y valores, es la capacidad de ser y de proyectarse como tal en el tiempo.

Creencias y valores son elementos distintivos de la cultura. Son los logros de la capacidad espiritual, la concepción del mundo de una comunidad, aquello considerado digno de ser estimado y reconocido, las ideas compartidas sobre lo bueno y lo malo, lo correcto e incorrecto, lo deseable y lo indeseable. Las creencias y valores son el marco de referencia de las normas que se dan en una sociedad, las pautas específicas para la acción que organizan el funcionamiento de la sociedad. Son los valores distintivos de una cultura.

Cuando en una misma publicación, de gran tirada a nivel mundial, conviven dos avisos contradictorios, tales como la promoción de un producto suntuoso cuya tenencia permite elevar el "status" social de su poseedor, por un lado, y por el otro el de una

comunidad cristiana internacional que pide fondos para alimentar, no sólo se produce un choque de culturas, sino también un choque de valores.

Hay una necesidad ineludible de reflexionar acerca de lo que podría ser otro estilo de vida, que permita escapar de la asfixiante mezquindad del plano económico, proporcionando la sobriedad y la armonía, que son reclamadas desde lo más íntimo del ser humano. No hay para ello ninguna receta fácil, aunque debe reconocerse que al menos en un punto se requiere un cambio fundamental: sustituir los egoísmos propios de los intercambios que hoy predominan en las relaciones sociales, por la generosidad del don, del servicio, de la gratuidad, que todavía se advierte en algunas culturas preindustriales.

Es en ese aspecto en el cual se muestra el gran poder de la esperanza. Esta confrontación de publicidades contradictoria en los medios de comunicación, es, en definitiva, evidencia de dos concepciones culturales absolutamente diferentes: la del individualismo, egoísmo, utilitarismo y consumismo frente a otra, en la cual el individuo se transforma en persona, donde el "nosotros" es más importante que el "yo".

A la hora de pensar en establecer los lineamientos de una cultura trascendente debe tenerse en cuenta algo fundamental: el hecho de que el hombre tiene problemas económicos, pero tiene fines, metas más trascendentes que las económicas. No se puede reducir el éxito solamente a lo económico.

El segundo rasgo de una cultura trascendente es el concepto de educación permanente y sistemática como mejoramiento de la base humana, de la sociedad. El profesor Galvet, en un libro editado en 1983: "Naciones ricas, naciones pobres", menciona que todo el pensamiento acerca del bienestar y el desarrollo nacional se vuelve automáticamente hacia la inversión de capital. Sin embargo, no ha sido ésta la experiencia de los viejos países industriales. Nadie que consulte tratados acerca del progreso económico durante el siglo pasado puede dudar de la importancia que se atribuía, por entonces, a una estructura política eficaz y digna de confianza. Tampoco habrá

“  
*Hay hipótesis que hablan de una probable crisis equivalente a la del año 1929 y que podría ocurrir antes de este fin de siglo.*  
”

de dudar de que se consideraba esencial para el progreso un alto nivel de moralidad en los asuntos públicos, ni de que se veía en la educación popular el principal instrumento para alcanzarlo.

El tercer rasgo por estudiar en una cultura trascendente es la importancia de una vida austera, que no significa privaciones, sino ausencia de opulencia, trabajo responsable, respeto solidario. Al respecto, cabe aquí mencionar el caso de un empresario líder de la reconstrucción japonesa, Akiu Omarita, quien en su libro *Made in Japan*, cuenta lo siguiente:

Hace unos años me hallaba visitando París y en una fiesta admiré el collar de diamantes que llevaba una adorable dama. De inmediato y con mucha generosidad, su marido se ofreció a darme el nombre de su joyero, de modo que yo pudiera encargarle una joya similar para Toshiko, mi mujer. Le di las gracias al Sr. Rossler, pero le dije que no me podía permitir un objeto tan costoso; alzó las cejas y me respondió: "pero, usted es rico, puede permitírselo, estoy seguro". Hay una diferencia fundamental entre usted y yo, Sr. Rossler, le contesté, yo soy rico, pero usted es opulento, y éste es el motivo por el que usted puede adquirir joyas así y yo no.

Una comunidad austera puede disponer de un buen nivel de ahorro; disminuye la dependencia de los capitales ajenos, de los capitales externos, y sobre esto se puede fundar un desarrollo más autónomo. Pero eso no es todo, porque la disponibilidad de crédito no asegura necesariamente la expansión de la economía. Aparece otro tema que no es económico: ¿cómo se usa el crédito? El uso responsable del crédito, la buena inversión productiva del crédito disponible, no es un problema económico. Todos estos son elementos de una cultura trascendente y si estos valores no aparecen, quedaría probada la segunda tesis: no hay crecimiento económico con promoción humana sin una cultura asentada en valores trascendentes.

Algunos de los atributos mencionados configuran la trascendencia de una cultura, pero queda un escalón más: no hay cultura trascendente sin una ética teológica que fundamente los valores de la sociedad, porque de ahí salen los perfiles de la cultura trascendente.

## Economía, política y cosmovisión

El orden y el dominio de la tecnología de base tienen su óptimo condicionado por un orden superior. Se puede hacer una mesa de la madera más sólida y duradera que cualquiera pudiera imaginar, pero probablemente el fabricante se quede sin sillas. Lo óptimo de la mesa ideal, indestructible y sólida, puede agotar el recurso madera; lo mejor de la tecnología está condicionado por un nivel superior que es el económico. Si se quiere tener una mesa, también se necesitarán sillas de madera donde sentarse a la mesa. Quien fabrique la mesa tendrá en cuenta que le quede madera para tener también las sillas. Lo óptimo económico guiado por la escasez de recursos condiciona lo óptimo técnico. El orden económico es un orden superior al de la tecnología. No se puede tener la mejor autopista con el riesgo de no tener casas, ni las mejores casas con el costo de no tener autopista. En esto consiste la idea de que hay un orden condicionado por otro orden superior.

Estos dos son los planos del ser, de lo que es, lo cual es evidente. A partir de aquí, en el plano de los valores, aparecen niveles superiores. Lo óptimo económico debería estar condicionado por un nivel superior, que es lo óptimo político. El hombre político debería tener un ángulo de visión superior al del hombre económico. El hombre político debería ser quien llame al Ministro de Economía sugiriéndole: “me parece que tenemos que revisar la política de ajuste, porque se están produciendo algunos ‘ruidos sociales’”. En esto radica la “visión más amplia”.

La política abarca, ordena y condiciona la economía. Ejemplos de esto fueron la reconstrucción de Japón y la de Alemania. Lo económico es condicionado por otro tipo de valores. Lo óptimo político maneja otro esquema de valores, en función de la adhesión a este nivel superior. Los trabajadores alemanes trabajaron dos o tres horas más sin paga. Para lograr la reconstrucción, lo económico fue forzado desde un orden superior.

“  
*El hombre político debería tener un ángulo de visión superior al del hombre económico.... Toda política responde a una visión del mundo y de la vida, a una filosofía.*

”

Toda política responde a una visión del mundo y de la vida, a una filosofía. Las filosofías marcan los andariveles, las permisividades que se plantean en el orden político. No es lo mismo el existencialismo que el trascendentalismo, ni el materialismo. Lo que cabe políticamente dentro de una concepción materialista de la historia es muy distinto de lo que cabe política, económica y tecnológicamente en una concepción humanista y trascendente de la historia.

Toda filosofía, en síntesis, depende de una estructura teológica. Si se considera al individuo como un accidente de la naturaleza, como lo es un árbol, una planta, un lago que se seca o un río que inunda, como algo que tiene principio y fin; si se considera al individuo como algo cuyo ser habrá de ser sustituido por otro de su especie, si ésta es la concepción del hombre, que proviene de una visión no trascendente, la concepción de la economía que de ella se derive va a tratar a este personaje como algo similar a un caballo de tiro. ¿Qué pasó en la experiencia del socialismo? No se conocía el problema de la desocupación en la economía socialista. Pero esto es un chiste. Tampoco se lo conoce en China, donde sus habitantes trabajan “a palos” o salen de una cosa y tienen que hacer otra; el trabajo es obligatorio. ¿Por qué ocurre esto?: porque se depende de una concepción materialista de la historia.

Pero también existe una antropología que parte de una visión teológica. Este hombre tiene principio y fin. En este caso el ser humano es persona de origen y destino común, que realiza su existencia en la tierra participando cotidianamente de la obra creadora de Dios, y de esta manera se siente realizado como persona. No hay cultura trascendente sin una ética teológica que fundamente los valores de la sociedad.

## Los objetivos de una nación

La comunidad de creencias, de ideas, de valores, de historia y de instituciones, hace de un conjunto de personas, un pueblo. Cuando un pueblo se plantea objetivos comunes, distintivos y diferenciadores, se organiza, constituye una nación, y a partir de

ahí se edifica el Estado. La forma determinada de un pueblo se da de acuerdo con sus valores fundamentales para conseguir sus objetivos comunes. La gran elocuencia de los hombres no debe confundir los sistemas de valores, creencias, historia común, sobre la base de lo cual se organiza un pueblo. Es imprescindible colocar sobre la mesa del debate los fundamentos, porque sin éstos no hay nación. Vivimos en un tiempo histórico que nos compele a revisar si somos una nación o no.

¿Cuáles son los objetivos nacionales?: los que trascienden la suerte de un gobierno de turno. Son formas de administrar el objetivo común. Un gobierno no puede cambiar ese objetivo común por el hecho de que cambie la administración del Estado. Es entonces cuando cabe plantearnos la pregunta básica: ¿cuáles son los valores que nos identifican como nación?

### **El hombre: fin de la economía**

¿A qué hombre nos referimos cuando hablamos del “hombre” en economía?, ¿al hombre “fin” o al “hombre medio”? Indudablemente a aquel elemento denominado “fuerza de trabajo” en los viejos libros de economía, que a partir de los sesenta se transforma en los “recursos humanos”, y que ahora es el “capital humano”.

Ahora el capital humano puede volver a ser importante como recurso intelectual, porque permite configurar los mercados, pero ¿cuándo volverá a ser importante la persona? ¿Por qué creer que se crece menos cuando la persona está y es partícipe del crecimiento? Según palabras de Matsushita, hay mayor crecimiento si se piensa en el ser humano, que es el “magma” de la actividad económica, antes que en la empresa, que no es más que una persona jurídica formal en los papeles, pero que carece de realidad si el conjunto de hombres que la constituyen desaparece, y esto no es una utopía.

Alemania, en su segunda reconstrucción, está absorbiendo una fuerza de trabajo que no tiene parangón. La forma de trabajar, los hábitos, la tecnología, la estructura de las empresas de Alemania Oriental eran totalmente distintas de las existentes en Alemania Occidental. Es como una masa fuera de caja, de desencajados que hay que ingresar en el sistema, pero que tienen la particularidad de no estar flotando como oleadas de desocupados que alguna vez van a

caer en el proceso productivo alemán, cuando Alemania vuelva a tener un excedente para distribuir. Los desocupados alemanes cobran un seguro de desempleo, en tanto y en cuanto se hagan presentes en las escuelas de readaptación y reinserción laboral, donde se ponen al día sobre qué tipo de actividades económicas ya no tiene razón de ser, qué oportunidades laborales hay disponibles, qué tienen que corregir o qué tienen que aprender para alcanzar su reinserción laboral. Mientras dan el presente en estas escuelas pueden cobrar el seguro de desempleo, de lo contrario no lo cobran. Estas escuelas funcionan sobre la base de una trilogía de intereses y responsabilidades, entre el Estado alemán, los sindicatos alemanes y las asociaciones empresarias alemanas, que son las que convergen para asistir, explicar e informar al desocupado. ¿Cuántos de nuestros sindicatos tienen escuelas de reinserción laboral en la Argentina?

Lo hecho en Alemania es un camino. Otro puede serlo el de las PYMES o de los consorcios de producción. Alguien, algún organismo, debiera incentivarlos, ocupándose de que grupos como pueden serlo 15, 40 o 200 PYMES familiares, equipadas con telares de control numérico de última generación y con un cortador láser, puedan sistematizar su producción, homogeneizarla y negociar en gran volumen. Esto sería muy distinto que negociar 15, 24 o 200 *sweaters* tejidos a mano. ¿Quién se está ocupando de incentivar, de orientar o inducir este proceso?, ¿el mercado?

El mercado es un mero instrumento económico; un instrumento que indica mejores resultados que otras formas de intercambio de bienes y servicios, pero es un instrumento y no un fin; el mercado es frío, salvaje. Ningún proceso de crecimiento económico de ningún país del “primer mundo” hizo el mercado; lo hizo la integración de las fuerzas productivas con la fuerte presencia ordenadora de un Estado que orienta y corrige. Esto sería tener preocupación humana efectiva.

Si queremos una nación, tenemos que revisar y revitalizar nuestros valores; la inconsistencia de valores disgrega. Creo que es imperioso hablar de la nación que queremos, pero creo realmente que esto no va a ser posible si no hacemos una profunda reflexión sobre los valores, en los cuales se cimentará cualquier programa económico.